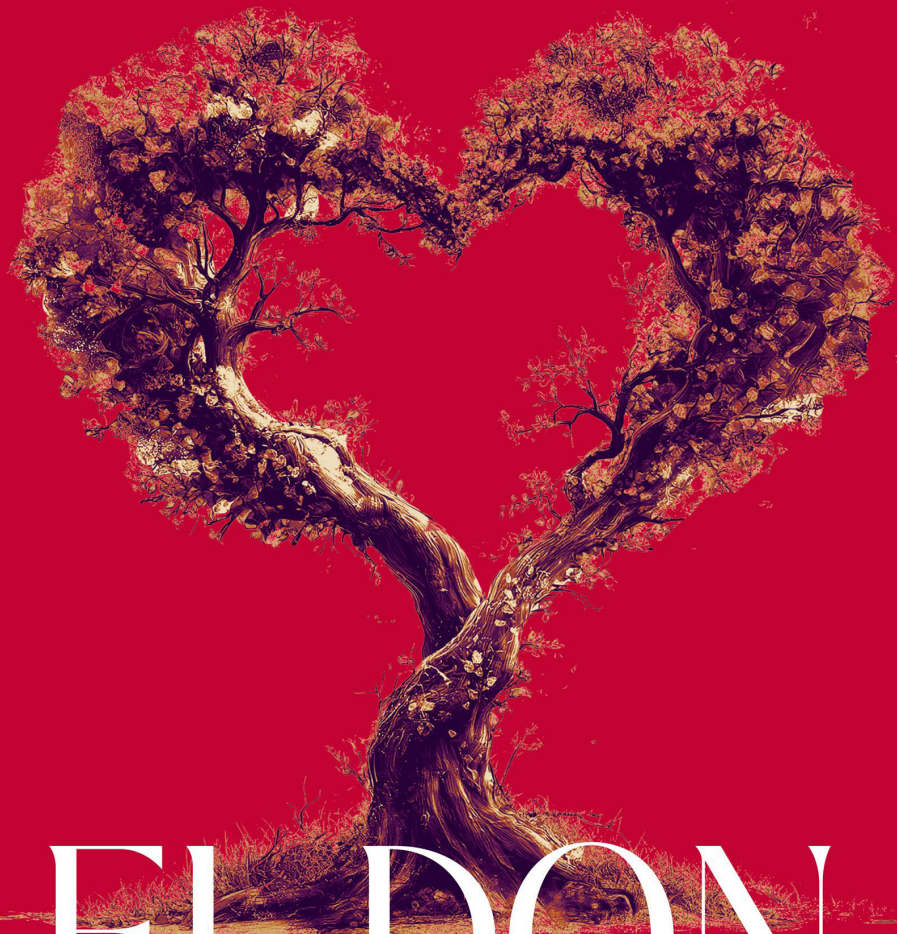


PAULO COELHO



EL DON SUPREMO

El amor es lo más grande del mundo

Libremente adaptado del texto de Henry Drummond

PAULO COELHO

EL DON SUPREMO

El amor es lo más grande del mundo

Traducción de Pilar Obón

Libremente adaptado del texto
de Henry Drummond



A finales del siglo pasado, en una tarde fría de primavera, un grupo de hombres y mujeres venidos de diversos lugares de Inglaterra se reunió para escuchar al más famoso predicador de aquella época. Estaban ansiosos por oír lo que el hombre tenía que decir.

Pero después de ocho meses recorriendo varios países del mundo en un cansado trabajo de evangelización, el predicador se sentía vacío. Observó a su pequeña audiencia, ensayó algunas frases y terminó por desistir. El Espí-

ritu de Dios no lo había tocado aquella tarde.

Triste, sin saber qué hacer, se volvió hacia un joven misionero que estaba entre los presentes. El muchacho había regresado de África poco tiempo antes y quizá tuviera algo interesante que decir.

Entonces, pidió al joven que lo sustituyera.

Las personas reunidas en aquel jardín en Kent quedaron un poco desilusionadas.

Nadie sabía quién era el joven misionero. En realidad, ni siquiera era un misionero. Había rehusado su ordenación como ministro porque no estaba seguro de que aquella fuera su verdadera vocación.

En busca de una razón para vivir, en busca de sí mismo, el muchacho había pasado dos años en el interior de África, entusiasmado con el ejemplo de personas que iban tras un ideal.

A la audiencia del jardín de Kent no

le gustó el cambio. Había ido hasta allí para escuchar a un predicador experimentado, sabio y famoso, y ahora se veía obligada a escuchar a un joven que, como ellos mismos, todavía luchaba por encontrarse a sí mismo.

Pero Henry Drummond —ése era el nombre del muchacho— había aprendido algo.

Henry pidió a uno de los presentes que le prestara una Biblia y leyó un fragmento de la Carta de San Pablo a los Corintios:

«Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tuviera Amor, sería como el bronce que suena, o como el címbalo que tañe.

Aunque tenga el don de la profecía y conozca todos los misterios y toda la ciencia; aunque tenga una inmensa Fe, al grado de mover montañas, si no tuviera Amor, nada seré.

Y aunque reparta todos mis bienes entre los pobres, y aunque entregue mi

propio cuerpo para que sea quemado, si no tuviera Amor, nada de eso me servirá.

El Amor es paciente, es benigno, el Amor no se consume en celos, no se vanagloria, no se enorgullece, no se conduce inconvenientemente, no busca sus intereses, no se exaspera, no se resiente del mal; no se alegra con la injusticia, sino que se regocija con la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El Amor jamás acaba. Pero, habiendo profecías, desaparecerán; habiendo lenguas, cesarán; habiendo ciencia, pasará. Porque en parte conocemos y en parte profetizamos.

Pero cuando viera lo que es perfecto, lo que entonces fuera en parte será aniquilado. Cuando era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, pensaba como un niño. Cuando llegué a ser hombre, desistí de las cosas propias del niño.

Porque ahora vemos como en un espejo, oscuramente, y entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, y entonces conoceré como soy conocido.

*Ahora, entonces, quedan la Fe, la Es-
peranza y el Amor.
Esos tres.
Pero de ellos, el mayor es el Amor.»*